

DICK Y ANGEL STRAWBRIDGE

UN AÑO EN NUESTRO PROPIO CASTILLO

Traducción del inglés de
PAZ PRUNEDA

la esfera  de los libros

ÍNDICE

<i>Prólogo</i>	11
<i>Introducción</i>	13
1. Enero	39
2. Febrero	73
3. Marzo	113
4. Abril	155
5. Mayo	181
6. Junio	205
7. Julio	219
8. Agosto	243
9. Septiembre	277
10. Octubre	293
11. Noviembre	315
12. Diciembre	347
<i>Epílogo</i>	357
<i>Agradecimientos</i>	359

PRÓLOGO

En primer lugar, quiero daros las gracias a todos por comprar este libro y habernos proporcionado la oportunidad de revivir nuestro primer año juntos en el castillo. El 2020 fue un año como ninguno habíamos vivido nunca, con momentos terriblemente difíciles para muchos de nosotros. Nos embarcamos en nuestra primera gira de entrevistas y conferencias en febrero y esta se alargó hasta mediados de marzo. Viajamos durante toda la noche para llegar a casa y poder abrazar a los niños. Al día siguiente, el 12 de marzo, el presidente de Francia anunció el cierre de colegios y universidades. El 17 de marzo se publicó la orden de confinamiento en los domicilios de todo el país... Para nosotros, esa pausa supuso la ocasión de reflexionar sobre el increíble viaje en el que habíamos estado inmersos, así como la oportunidad de reflejar por escrito la historia del primer año en nuestro nuevo hogar, el Château-de-la-Motte Husson. Nos ha encantado escribir este libro y tener la ocasión de revivir muchos recuerdos felices para ambos: hemos reído, llorado y, sinceramente, hemos vuelto a sentir de nuevo cada emoción. Ha sido una experiencia increíblemente placentera.

No os mentimos cuando aseguramos que esta ha sido una historia de amor, no solo entre nosotros, sino con el castillo. En este libro celebramos todo cuanto hemos hecho para conseguir que nuestro *château* fuera habitable y, al mismo tiempo, transformarlo en un verdadero hogar familiar. Nuestro propósito es compartir tanto lo que hemos aprendido y lo que hemos amado, así como algunos de los detalles de nuestro viaje, ¡desde la comida hasta las moscas! No ha habido un solo momento de aburrimiento, y ese primer año fue el más increíble de todos. Una auténtica montaña rusa de emociones, así que abrochaos el cinturón.

Resulta imposible narrar la historia de nuestro primer año: aventuras, retos, altibajos, pasión, lágrimas y risas..., sin primero contar algo sobre cómo y por qué terminamos comprando nuestro castillo.

Esta es la historia de nuestra familia y de nuestras aventuras compartidas, aunque a veces nuestros recuerdos difieran ligeramente de aquello que realmente sucedió, o de cómo se desarrollaron los hechos exactamente, y todo ello lo podréis encontrar también aquí.

Antes de seguir adelante, deberíamos explicaros una cosa: cuando veáis la letra en negrita, soy yo, Angel, la que cuenta la historia.

Y si la letra es normal, como esta, entonces soy yo, Dick, el que escribe.

Así que, vamos a empezar, retrocediendo hasta cuando pusimos por primera vez los ojos en nuestro hogar soñado: octubre de 2014. ¡Esperamos que disfrutéis compartiendo el viaje con nosotros!

INTRODUCCIÓN



Nunca olvidaré el momento en que vimos por primera vez el Château-de-la-Motte Husson. Nos encontrábamos en Francia buscando un hogar permanente, cuando nos enviaron a nuestro correo electrónico todos los detalles del inmueble. Yo tenía mariposas en el estómago, mariposas de las buenas, de esas que te hacen sentir un poco mareada por los nervios. Sabía que este era el definitivo y me pasé las siguientes cuatro horas y media de camino hacía allí temiendo que alguien pudiera hacer una oferta por él antes de que lo viéramos. El trayecto fue dolorosamente lento y, debido a nuestra enorme excitación, estuvimos a punto de pasarnos el cruce donde se encontraba. Al doblar el recodo por primera vez, los dos dejamos escapar una ahogada expresión de asombro. Era majestuoso, mucho más de lo que podíamos haber imaginado y, desde luego, el definitivo. De hecho, casi podía compararlo con la primera vez que conocí a Dick.

El castillo en sí mismo estaba bellamente proporcionado gracias a unas torres gemelas como las que había estado soñando; incluso los árboles parecían simétricos.

En cuanto tomamos la curva, nos concentramos inmediatamente en el castillo, pero tardamos algunos segundos antes de advertir la isla y el foso que lo rodeaban, y luego la exuberante abundancia de gigantescos árboles centenarios y edificios aledaños, cada uno de los cuales era una sólida construcción de piedra. A medida que nos acercamos, la escala del foso se hizo más evidente —¡era un lago enorme!—. Todo lo que teníamos apuntado en nuestra lista de deseos estaba ahí, delante de nosotros.

Esa primera impresión, esa sensación de encontrarnos por fin en casa, se quedó grabada en mi mente para siempre. Incluso ahora, mientras escribo estas líneas, no puedo evitar que mis ojos se llenen de lágrimas solo por recordar la belleza de los alrededores. Nunca he dejado de sentir ese pellizco de emoción que me embarga al doblar ese recodo de entrada, y sé con toda certeza que nunca lo haré.

Me he negado a llevar la cuenta de todas las horas que dedicamos a encontrar casa por internet, conduciendo a través de Francia y visitando agencias inmobiliarias en busca de nuestro hogar soñado, pero desde que tomamos la decisión de mudarnos, cuatro años atrás, debieron pasar semanas, sino meses, hasta que por fin lo encontramos. Un proceso largo y arduo, y a veces increíblemente frustrante.

El camino que nos llevó a este castillo especial fue precioso. Conducir a través de Francia me recordaba a los paseos dominicales por la campiña que solía darme en Inglaterra. En las zonas rurales uno tiene la sensación de que hay muy poco tráfico. Es un país grande y su campiña no está densamente poblada. A menos que tuviéramos un montón de kilómetros que recorrer, nos salíamos de las autopistas ya que tres cuartas partes de las mismas son de

pago. Si estás cerca de alguna gran ciudad suele haber una circulación más densa, pero en el campo se respira mucha tranquilidad, y uno no puede dejar de sentir que se encuentra en un lugar distinto. A diferencia de las autopistas y muchas carreteras nacionales de Inglaterra, las Routes Nationales a menudo te llevan a través de pueblos o alrededor de ciudades, haciendo que puedas ver dónde y cómo vive la gente.

Francia está llena de árboles con una gran variedad de viejos bosques de hoja caduca. Uno se siente en paz y, a la vez, inmerso en un exótico recorrido en el que casas y pueblos no se parecen en nada a los de nuestro país natal.

La idea de mudarnos a Francia se nos ocurrió por primera vez en el año 2012 mientras estábamos de vacaciones en la pequeña y fortificada población de Caunes-Minervois, cerca de Carcassonne, en el sur de Francia. Dick había estado viviendo en Cornwall cuando nos conocimos en 2010, mientras que yo tenía mi cuartel general en el este de Londres. Si ya las relaciones suelen resultar complicadas de por sí, todavía se hacen más difíciles cuando te separan más de cuatrocientos ochenta kilómetros. El viejo dicho de que «la ausencia hace crecer el cariño» está muy bien al principio, pero para nosotros resultaba insostenible. Teníamos la misión de encontrar un lugar al que ambos pudiéramos llamar nuestro hogar, en el sentido geográfico de la palabra.

Al principio de nuestro noviazgo yo me trasladé a Londres, pero definitivamente soy un hombre de campo por naturaleza, y Londres no estaba en mi esencia. Angela había participado en el programa televisivo de emprendedores Dragon's Den y estaba muy ocupada montando su elegante empresa de eventos, Vintage Patisserie. Había encontrado unos deteriorados locales en Hackney,

que daban sobre la iglesia de St-John, y yo estaba ayudando a decorar y a instalar las cocinas para poder llevar a cabo todas sus meriendas. Pero, incluso con toda esa actividad en marcha, sabíamos que teníamos una vida y una familia que construir y la gran pregunta era, ¿dónde debíamos vivir?

Podíamos ir a cualquier parte mientras tuviéramos un plan. Debo admitir que sentía cierta aversión a vivir dentro del cinturón de la M-25, la autopista de circunvalación que rodea Londres, y que incluso me parecía que todos esos condados de las afueras eran demasiado ruidosos y frenéticos. Dado que yo había vivido anteriormente en Dorset y Cornwall, nunca habríamos podido considerar como «nuestra» la región del sudoeste del país, así que empezamos a mirar un poco más lejos. Yo me había criado en Irlanda del Norte y sabía perfectamente que existe una buena razón por la que Irlanda es tan «verde»: ¡no para de llover! Gales, Cumbria y Escocia tienen ese mismo clima «suave», así que las tachamos de nuestra lista. Se pueden encontrar lugares realmente hermosos y vibrantes en Inglaterra, pero ninguno de ellos nos atraía tanto como para pensar que debíamos mudarnos allí, de modo que nos hallábamos un tanto estancados sobre en qué lugar podíamos establecer nuestro hogar.

Una solución a nuestro dilema, en lo referente a dónde y cómo podríamos vivir, surgió de improviso cuando nos fuimos de vacaciones al sur de Francia. Ninguno de los dos había tenido unas vacaciones como es debido desde hacía años, y por eso decidimos hacer una escapada romántica de enamorados, perdidamente enamorados, para empezar el 2012. Estábamos en una encantadora casita amueblada en la parte vieja de Caunes-Minervois y, tras surtirnos de vino, foie gras, queso y otras delicatessen, nos acurrucamos relajados en el sofá frente a un fuego de leña para disfrutar viendo la película *Un buen año*, una comedia romántica con Russell Crowe de protagonista. Si no la habéis visto, trata de un ejecutivo de éxito que hereda una ruinoso mansión y, des-

pués de muchas vicisitudes, acaba viviendo feliz para siempre en ella, rechazando la vida de la ciudad por una existencia idílica elaborando un maravilloso vino. Sobra decir que eso nos dio mucho en qué pensar.

¿Quién no ha estado de vacaciones, relajado, y se ha planteado vivir sin estrés, y sin la presión del trabajo de cada día? La diferencia en nuestro caso es que lo llevamos un paso más lejos. Al pasar por delante de una notaría local descubrimos una pequeña casa adosada, parecida a aquella en la que nos estábamos alojando, que se vendía por 30.000 euros, lo que en aquel momento era el equivalente a 20.000 libras. Nuestro *gîte* (alojamiento) no era especialmente grande pero estaba ubicado en un precioso paraje. Se trataba de un edificio adosado con una calle adoquinada por delante. No había ningún lugar donde aparcar a menos de cien metros, pero se podía hacer la vista gorda sin problema. En la planta baja había un espacioso salón, un comedor y la cocina con una serie de ventanas francesas (nos preguntábamos si no las llamarían simplemente ventanas en Francia) que daban a un pequeño patio rodeado por una tapia. Una escalera de piedra en espiral conducía hacia las dos plantas superiores, cada una de las cuales tenía un gran dormitorio con un asombroso cuarto de baño incorporado. Todo era hermosamente francés, con los muros de piedra vista, y eso nos suscitó unos enormes interrogantes: ¿queríamos cargarnos con una enorme hipoteca cuyos pagos deberíamos afrontar durante años? ¿Qué es lo que queríamos en la vida? ¿Queríamos vivir para trabajar o trabajar para vivir?

Ambos tenemos la suerte de contar con unos ingresos que no están atados a nuestros trabajos actuales o al

lugar donde vivimos: la pequeña pensión del ejército de Dick y los derechos de autor por los libros que ambos habíamos escrito. No es mucho, pero sabíamos que podía ayudarnos a simplificar nuestras vidas. Por supuesto, no íbamos a dejar de trabajar, pero cuando el trabajo llegara, podríamos viajar para llevarlo a cabo, así que concluimos que sería relativamente fácil cambiar nuestro estilo de vida. Vivir en Francia implicaría que podríamos comprar algo directamente y, a la vez, tener ciertos ahorros en el banco y, además, nuestros futuros hijos serían bilingües. La vida sencilla nos llamaba...

Sin embargo, internet no tardó demasiado en trastocar nuestros planes. Durante un tiempo, emprender la búsqueda de pequeñas y elegantes casas adosadas delante del ordenador, pertrechados con una copa de vino en la mano, nos mantuvo muy entretenidos, y encontramos un montón de propiedades demasiado perfectas para ser verdad. Dado que nuestros conocimientos de la geografía francesa eran bastante escasos, ni siquiera nos centramos en una zona específica; hicimos una búsqueda por toda Francia (¿sabíais que Francia es enorme? ¡Cuatro veces el tamaño de Inglaterra!). Y fue entonces cuando internet cambió nuestros planes.

Estábamos centrados en la búsqueda de pequeños edificios con encanto, tanto en pueblos como en el campo, cuando la primera «manoir» (mansión) nos apareció en la pantalla. Quizás fuera vieja, deteriorada y necesitara un montón de arreglos, pero solo costaba 57.000 euros, ¡por una casa solariega! Nuestros parámetros de búsqueda cambiaron repentinamente y, ¿sabéis una cosa? Poco después no dejábamos de exclamar: ¡ooh! y ¡aah! y asombrarnos ante las increíbles *manoirs* que descubrimos, hasta que, de pronto, apareció en nuestra pantalla el primer pequeño castillo. Estaba a la venta por 114.000 euros y necesitaba un mon-

tón de reformas, ¡pero era un castillo! En ese momento exacto, nuestras vidas cambiaron irrevocablemente.

En menos de diez minutos la pantalla se llenó de «pornografía de castillos» y nos encontramos contemplando con fervor unas increíbles y multimillonarias propiedades. Obviamente, esas fantasías no duraron mucho, pero la semilla había sido plantada y la vida sencilla en una pequeña casita francesa no volvió a plantearse. Necesitábamos un castillo. Y sabíamos que si encontrábamos el adecuado —con la experiencia de Angel para los eventos— aprovecharíamos su potencial para establecer también un negocio en él.

El resto de las vacaciones solo sirvió para reforzar nuestra decisión. Hicimos excursiones para explorar el país que sería nuestro futuro hogar. Fuimos a un balneario natural en Ax-les-Thermes, conduciendo a través de asombrosos paisajes hasta los pies de los Pirineos. Comíamos al aire libre, sobre todo al mediodía. Siempre hay algo especial en dedicar un par de horas a degustar sin prisas la comida, algo que allí debía ser muy normal puesto que todo el mundo parecía hacerlo, ¡incluso en días laborables! Nos encantó la diversidad de restaurantes que encontramos. Un día estábamos en los Pirineos comiendo en un pequeño café familiar unas *pommes aligot** servidas con pechuga de pato y mollejas, de un menú del día muy limitado, y al siguiente parábamos en un restaurante turístico junto al Mediterráneo y degustábamos una fuente de marisco fresco.

Descubrimos que comer fuera al mediodía era una forma muy económica de experimentar una buenísima gastronomía. Una de nuestras excursiones nos llevó hasta un pequeño pueblo llamado Aragon situado en lo alto de una colina, y allí, en medio de ninguna parte, encontramos un restaurante muy elegante y totalmente encantador. Llegamos poco después de las doce y nos

* Puré de patatas con queso del Aveyron, ¿a quién no le gusta algo así?

pasamos horas disfrutando de un menú con especialidades de la región. Nos encantó apreciar los pequeños platos extras que se añadían a los tres principales que habíamos pedido. El plato con pequeños trozos de setas y trufas para tentarnos con los sabores del bosque local mientras tomábamos el aperitivo fue increíble, y luego los *amuse-bouche*, un trío de canapés de distintas recetas locales de *sanglier* (jabalí). Después de unos entrantes de sabrosos bocados de pescado y verduras apenas cocinadas, venía un sorbete de pepino y menta para limpiar el sabor de la boca antes de la llegada del plato principal: un guiso de pintada rellena de chorizo, que nos hizo recordar lo cerca que estábamos de España. Todo estaba cocinado a la perfección y cuando nos trajeron el postre fue como si nos regalaran a cada uno un pequeño balón de chocolate. Cuando rompías la fría y crujiente capa de chocolate, descubrías una aterciopelada mousse de naranja y chocolate en el interior. Después de saborear cada bocado, y quedarnos demasiado llenos para sentirnos cómodos, nos sirvieron una irresistible selección de *petit fours* (pastelitos) para acompañar nuestros cafés. No es de extrañar que saliéramos rodando colina abajo de allí. Solo para que os hagáis una idea, ese menú en concreto costaba menos de 22 euros por cabeza, con un pequeño extra por el aperitivo y la copa de vino, pero definitivamente no estaba nada mal para una increíble experiencia culinaria de la que todavía hoy seguimos hablando. Es justo decir que estábamos enamorándonos del modo de vida francés.

Esas fueron nuestras primeras vacaciones juntos. Y no solo eso sino que, si bien nos habíamos podido tomar algunos fines de semana libres cuando el trabajo nos lo permitía, fueron además las primeras vacaciones de verdad que tanto uno como otro habíamos podido cogernos desde hacía años. Solamente ese hecho ya lo hacía todo increíblemente especial, pese a que ninguno de los

dos hubiera podido predecir cómo esas vacaciones iban a cambiar la dirección de nuestras vidas. No obstante, aunque sabíamos lo que queríamos, también teníamos claro que nos llevaría tiempo conseguir resolverlo todo y que debíamos tener paciencia. No era cuestión de parar de golpe nuestras vidas y cambiarlo todo. Ambos somos muy planificadores además de personas de acción, por lo que estábamos totalmente de acuerdo en que la transformación de nuestra vida debía realizarse de forma ordenada.

Una vez que regresamos a Londres, nuestra búsqueda del hogar perfecto nos obligó a dedicarle un tiempo cada día, pero la vida continuó y seguimos trabajando e intentando cultivar nuestro amor y nuestra familia. El matrimonio también estaba entre las opciones, pero el cuándo, dónde y cómo nunca ocupó el lugar más alto de nuestra lista de cosas urgentes.

Con una floreciente compañía de eventos y la organización de celebraciones para otras personas ocupando gran parte de nuestras vidas, Angela declaró categóricamente —y en varias ocasiones, créame, señorita— que no quería una gran boda, solo una ceremonia íntima con nuestros padres, seguida de una gloriosa luna de miel. Citando una expresión de mi juventud: «¡pequeña mentirosa!». Por encima del matrimonio, y justo en el primer lugar de nuestra lista, estaban los niños: el 29 de enero de 2013 el maravilloso Arthur Donald Strawbridge vino al mundo y, poco más de un año después, el 8 de abril de 2014, recibimos la llegada de la preciosa Dorothy Francis Strawbridge. Sabíamos que nuestra familia estaba completa (algo de lo que Angela se aseguró al concertar una cita para mí en una clínica cerca del Southend) y estábamos en pleno proceso de organizar cómo y cuándo podríamos casarnos, además de una búsqueda frenética de algún lu-

gar donde comenzar esta nueva fase de nuestra aventura, cuando encontramos nuestro castillo y todo cambió, pero me estoy adelantando...

Aún no habíamos acotado nuestra búsqueda a un tipo específico de propiedad o ubicación. Daba la sensación de que buscábamos cualquier casa para reformar en cualquier parte de Francia. Cada día le enviaba a Dick una lista de diez posibles propiedades, pero en el fondo de mi corazón, sabía que aún no había encontrado una que reuniera todos los requisitos y, lo más importante, ¡una que pudiéramos permitirnos!

Sabíamos que la ubicación era la clave. Es algo de manual, pero realmente resultaba difícil mantenerse centrado cuando había tantas tentaciones en Francia, ¡con increíbles propiedades en mitad de ninguna parte! Eso supuso un gran obstáculo y toda una lección de humildad al vernos obligados a reconocer nuestra ignorancia, pero la verdad es que teníamos muy poca idea sobre qué tipo de país era Francia. Ninguno de los dos hablaba francés con fluidez y, aunque Dick tenía un buen dominio de la geografía, desconocíamos totalmente las características de cada región.

Como buenos británicos conocemos la diferencia entre, digamos, Yorkshire y Cornwall, por ejemplo, y todos tendemos a tener nuestra propia opinión sobre la gente y lo amistosos que son, el paisaje o lo encantador que resulta vivir en esos lugares. Sabemos que la gente de Irlanda del Norte habla hasta con el lucero del alba, y que en la sala de espera de un médico es fácil que cualquiera se una a la conversación y te haga un diagnóstico para infundirte confianza mucho antes de que hayas entrado en la consulta. Sabemos que en Londres todo el mundo anda muy ocupado

y que hay una gran carencia de contacto visual, así que saludar a un extraño o dar las gracias al conductor del autobús te identifica como alguien un poco raro. Tenemos una percepción sobre cómo es Lincolnshire comparado con Cumbria, y cuáles son los precios de las casas en Herefordshire comparados con Hampshire. Bournemouth y Birmingham están aproximadamente a la misma distancia de Londres y, sin embargo, son lugares muy diferentes, y sentimos que sabemos cuál es la diferencia entre Torquay y Scarborough, incluso si nunca los hemos visitado. Esto es algo que hemos ido absorbiendo a lo largo de los años, pero cuando estábamos pensando en dónde vivir en Francia, nos faltaba toda esa percepción. Nuestra solución fue muy sencilla, aunque un tanto al azar: ver lo que encontrábamos y luego estudiar cómo era la zona.

Por alguna razón nos sentíamos más atraídos por la mitad oeste de Francia —las propiedades parecían ser algo más elegantes, el paisaje más ondulado y había muchos más castillos.

Tras meses de intensa búsqueda y mirar fotos de diversos castillos, encontramos una propiedad que sin duda merecía una visita: un castillo muy especial cerca de Saint-Jean-Pied-de-Port, el comienzo de la famosa ruta de peregrinos, el Camino Francés, que atraviesa los Pirineos y se extiende a lo largo del norte de España hasta Santiago de Compostela y la tumba del apóstol Santiago.

La casa principal era preciosa y daba sobre las montañas en las estribaciones de los Pirineos. Tenía unas magníficas puertas de cristal que se abrían a una terraza en la que podías imaginarte tomando tu aperitivo de la tarde. Además de la casa principal, había una casita para el guarda en la entrada, perfectamente habitable, y algunas dependencias alrededor, todas ubicadas en un increíble parque lleno de árboles. El castillo había pertenecido en su día a uno de los mariscales de Napoleón y, probablemente, esa fuera la razón por la que había recibido la calificación de edificio «prote-

gido». Era precioso pero necesitaba muchos cuidados, tras haber soportado el ataque de las termitas y el abandono. Durante los últimos dos inviernos, un enorme agujero en el tejado había ido haciéndose cada vez más grande y toda el agua que se había filtrado había causado grandes daños, deshaciendo la mayor parte del yeso de las molduras. Unos preciosos murales en las paredes habían sobrevivido, pero incluso estos necesitarían mucha atención. Sabíamos que haría falta un gran trabajo, pero esos edificios cuentan con subvenciones para ayudar a protegerlos, así que pensamos que valía la pena explorarlo.

Inicialmente, fui a visitar el castillo por mi cuenta. El plan era que yo me adelantaría para ver si estaba en mal estado antes de embarcar a toda la familia en un viaje. A pesar de que los daños eran extensos, el edificio era precioso, y estaba asentado en lo alto de una preciosa colina. No había duda de que podríamos haber hecho algo muy especial ahí.

Todo suena muy rock'n'rollero: un rápido viaje de avión a Biarritz para comprobar un castillo, pero las cosas no salieron exactamente así. Mientras me dirigía al aeropuerto de Biarritz para devolver el coche alquilado, se había declarado una huelga de controladores aéreos por toda Francia. El único aeropuerto que Angela logró encontrar abierto para que yo pudiera regresar a casa fue el de Perpiñán, a cuatro horas y media de viaje, a lo largo de los Pirineos desde la costa atlántica hasta el Mediterráneo. Y tenía solo cuatro horas para llegar allí o, de lo contrario, necesitaría conducir durante casi once horas hasta Calais en el coche alquilado. Conseguí llegar a tiempo, con solo una infracción menor por velocidad, pero eso nos hizo pensar de nuevo sobre dónde estábamos buscando las propiedades. Así que el criterio que tendría que figurar en lo más alto de la lista cambió: necesitábamos que estuviera en una parte de Francia que nos permitiera regresar a Londres en menos de un día, en cualquier caso.

Durante el curso de un par de años nos adentramos en una impecable rutina cuando se trataba de ver propiedades. Yo indagaba en internet para encontrar preciosas «posibilidades», dentro de una horquilla de precios (estábamos buscando propiedades entre 115.000 y 340.000 euros), entonces contactábamos con el agente inmobiliario para ver dónde se encontraban exactamente las casas y poder tener más información sobre los alrededores. Esto demostró ser una tarea bastante difícil, puesto que los agentes inmobiliarios son muy reservados y, a menudo, hay más de una agencia implicada y ninguno quiere perder su posible comisión.

En una ocasión, hicimos un viaje bastante largo para visitar un castillo solo para descubrir que compartía el patio de entrada con un taller mecánico. En otra, visitamos un castillo precioso que tenía una granja industrial de pollos a menos de treinta metros de la puerta trasera. Los agentes simplemente no querían darte la dirección exacta para que no descubrieras todos esos problemas, pero nosotros aprendemos rápido y Dick empezó a utilizar la aplicación de Google Maps para poder echarle un buen vistazo inicial. Incluso se fijaba en las sombras para determinar la orientación del edificio. También empezamos a preguntar por el *cadastral* (ficha catastral). Era una ayuda inestimable que nos proporcionaba una percepción de lo que íbamos a ver. Me gustan las sorpresas tanto como a cualquiera, pero no después de un día de viaje con dos niños pequeños, ¡para luego descubrir que no valía la pena! Cuando teníamos señaladas suficientes propiedades que suscitaban nuestro interés, organizábamos un viaje, a veces toda la familia y otras para que Dick viajara solo y las viera en un día.

Nuestra intención de comprar un nuevo hogar era firme y, en consecuencia, mis agotadores viajes en el día empezaron a ser frecuentes. Salía de casa a las cuatro de la madrugada y cruzaba el Eurotúnel a las seis de la mañana, conduciendo hasta la zona donde se encontraban las propiedades. Veía un par de ellas y luego regresaba para tomar el tren a última hora de la tarde, lo que significaba que llegaba a casa entre medianoche y las dos de la madrugada. Intentábamos hacer todas las búsquedas posibles por adelantado, pero a veces tenía que ir a verlos en persona. Uno de los castillos que visité, un edificio absolutamente gigantesco, estaba al borde de un parque natural. La decoración se había echado a perder como si hubiera sido objeto de saqueos, pero incluía muchos acres, preciosos edificios aledaños y una casita habitable. Por las fotografías parecía demasiado bueno para ser verdad... hasta que lo veías. La decoración era lo de menos, las paredes habían sido demolidas, unos enormes y multitudinarios aseos habían sido (chapucosamente) instalados y cada tramo de cableado y fontanería había sido arrancado de paredes y suelos. Los okupas habían convertido todo en lo que parecía una horrible instalación moderna. No hace falta decir que no era para nosotros.

Tuvimos un montón de frustraciones y decepciones antes de encontrar el castillo «definitivo». Y, a medida que el tiempo pasaba, nuestra lista de deseos —y de lo que no queríamos— fue creciendo. En mi vida había oído hablar de lo que era una *orangerie* hasta que empecé la búsqueda, pero en cuanto vi una, la puse inmediatamente en mi lista de «imprescindibles». En un sentido práctico, una *orangerie* es un edificio, o invernadero, donde se protegen de las heladas los árboles frutales durante los duros días de invierno. Pero suelen ser construcciones muy hermosas, elegantes jardines invernales realmente mágicos de contemplar. El sueño de Dick era poder instalar varios talleres, tener un

jardín amurallado y un foso. Y ambos sabíamos que necesitábamos encontrar una propiedad con un tejado en buen estado, ya que nuestro presupuesto en ese momento no podía cubrir la construcción de uno nuevo.

A principios de 2014, encontramos el «casi definitivo»: una hermosa propiedad en las afueras de Châteauponsac, cerca de Limoges. Era casi perfecto. Le faltaba la simetría de cuento de hadas que habíamos estado buscando, pero era asequible y se encontraba en una preciosa ubicación, e incluso tenía una deliciosa *boulangerie* (panadería) al final de la carretera donde podíamos imaginar a mis padres llevando a los niños cada mañana a comprar *baguettes* recién hechas.

Algunos meses más tarde, regresamos para ver el castillo cerca de Châteauponsac y confirmar que las dependencias aledañas tenían tanto potencial como recordábamos. Los padres de Angela, Jenny y Steve, vinieron con nosotros en ese viaje y estábamos desayunando en el hotel cuando nos llegó un correo que nos puso a todos la piel de gallina. Un agente inmobiliario con el que ya habíamos visto otras propiedades con anterioridad nos enviaba los detalles de un castillo que estaba punto de salir al mercado. Cuando abrimos el correo, las fotos del castillo nos dejaron sin aliento. Estaba clasificado como «pequeño *château*» pero tenía exactamente el aspecto con el que habíamos soñado, si no mejor. Contaba con un foso, una *orangerie*, un jardín amurallado, toneladas de dependencias y, a juzgar por las imágenes, el interior se había conservado intacto. Y, lo mejor de todo, es que el precio entraba dentro de nuestro presupuesto. El 9 de octubre de 2014 fuimos a conocer el Château-de-la-Motte Husson, y fue amor a primera vista.

Debía haber alguna trampa oculta, pero nuestra excitación fue tal que en cuestión de minutos empezamos a recoger nues-

tras cosas y organizar una visita urgente. Tras disculparnos con el agente que nos iba a acompañar ese día, nos dirigimos hacia el norte. Ni siquiera puedo recordar que alguien mencionara la idea de parar un momento en la carretera para hacer un pis. Teníamos una misión. Una misión que nos llevó cuatro horas y media. Angela debió decir: «Deberíamos llamar y presentar una oferta», cada diez minutos. Yo intenté explicarle que teníamos una cita a las dos de la tarde y que el agente no iba a enseñársela a nadie más hasta que llegáramos, pero ella de todas formas temía perderlo. A decir verdad, si algo hubiera sucedido en ese periodo, no sé cuál hubiera sido la reacción de Angela, aunque imagino que se trataría de algo sangriento. Pero como suele decir siempre mi madre: «Si está hecho para ti, no se escapará».

Recibir un correo con lo que creía era el hogar que habíamos estado buscando, durante cuatro años, fue todo un acontecimiento. Supe de inmediato que aquel iba a ser nuestro final feliz —o, como probablemente debería decir, nuestro comienzo feliz—. Aquel no era solamente un lugar salido de un cuento de hadas, sino que además reunía todo lo que teníamos en nuestra lista y solo había sido ocupado por una familia: los Bagliones. Supongo que no sirve de nada escarbar en el pasado, especialmente cuando al final todo salió bien, pero al escribir esto y volver a revivir mi irritación porque Dick no me permitiera hacer una oferta, aún sigo sin verle ningún sentido, ¡a pesar de haber transcurrido seis años!

Quando llegamos a Martigné-sur-Mayenne, nos quedamos gratamente sorprendidos. Para ser sinceros no habíamos oído hablar nunca del departamento* de Ma-

* *Départaments* son las entidades territoriales en las que se divide administrativamente Francia (equivalentes a la provincia). Hay noventa y cuatro en total.